

do recorría en su abandono histórico las calles de Siracusa admirado.

—¡Ya está! exclamó, ¡ya está!

—¿Tu desquite? preguntaron á la vez Blas y Bibandier.

Roberto se enjugó la frente.

—No me ha costado poco trabajo replicó; pero por todos los diablos que me ha de pagar Montalt en oro tanto como yo peso.

—Y así sucesivamente dijo Blas.
—Yo Grant, dijo el estorbo condescendiente en el momento de volver.
—Llamos.
Roberto se golpeaba la frente porque perdía el alio de sus cálculos.
—Manos á la obra, exclamó Bibandier.
Sentado delante de Grant se apodó de su cabeza.

En ciertos momentos sabía Bibandier de manos de Grant con la cabeza por arrojada y peinada y este se despidió después de haber pedido el señor Grant que le sacara la cabeza, pero sin haberlo conseguido porque no tenía mas que pedirle de banco y prometiéndole pagárselo al otro día.
Apenas hubo salido cuando se levantó repentinamente el caballero Las Alas, dando un salto por delante en la mesa.
Alprimos de las tenaces que él se adelantó con



XII.

EL DESQUITE.

Blas y Bibandier aparentaban igual incredulidad.

—Americano, dijo Blas, tienes talento porque tienes naipes.... esto es una cosa incontestable.... pero ya va de muchas veces que ensayas tu desquite.

—¡Tu desquite! añadió Bibandier; eso equivale á tener agua en una cesta.

Ocupábase en aquel momento de abrochar sobre el pantalon de azul celeste un soberbio chaleco de terciopelo carmesí con botones brillantados.

—¡Maldito lo que entendeis de esto! exclamó el

caballero Las Matas. Conozco á ese Bray Montalt como si lo hubiera inventado. He creído que con corta diferencia hacia lo que nosotros y que su gran fortuna estaba en las nubes; pero me engañaba al creerlo así.

Es rico... es poderosísimo. Cuanto poseía ese pobre diablo de Penhoel no hubiera bastado á equilibrar el dinero que milor pone al día en uno de sus bolsillos.

—Eso no prueba que tú hayas encontrado el desquite, dijo el Zalamero.

—¡Atended! No estoy muy seguro de dónde le proviene esa gran fortuna... En Lóndres no necesitaba ser un águila para llamar tanto la atención, y consiento en que me ahorquen si Montalt ha visto una sola vez en su vida al imán de Mascat en otra parte que en la historia de los viajes. Habrá dado algún buen golpe, hecho su negocio, y después le habrá sido mal sano el aire que se respira en Lóndres.

—Si eso fuera así, interrumpió el baron, que ponía el mayor cuidado en hacerse el lazo de la corbata de raso blanco con listas de color de naranja, no hay nada que decir.

—¡Por ejemplo!... exclamó Roberto: justamente son esos los hombres que me gustan. Si Montalt fuera un honrado gentleman, como dicen por ahí, no se hubiera hallado tan fácilmente su lado vulnerable; pero he hablado con él... le he sondeado en todos sentidos... y creedme, Montalt es de los

nuestros... Carece de fe y de ley... y después de dos ó tres vasos de ponche debe verse cómo se le dilatan las facciones al referirle un atrevido golpe de mano. La única diferencia que hay entre él y yo es, que yo he destruido montañas para ganar algunos cuartos miserables, mientras que él no ha tenido probablemente mas que estender el brazo para coger algunos millones... Porque es hombre que los tiene, y su historia es muy singular.

—Ya sé, ya sé... interrumpió Blas.

La cajita de sándalo, cuya tapadera es de brillantes, tal vez sean falsos.

—¡Inocentón! dijo Roberto; la otra noche habia perdido Montalt cincuenta y tantos mil francos y se levantó, retirándose á un rincón en que sacó un objeto que no pude distinguir... pero era la famosa caja; muy seguro.

—Va una idea, interrumpió Bibandier.

—¿Después? preguntó Blas.

—Si es ó no cosa mia, juzgad vosotros, prosiguió Roberto; este misterioso objeto de que os hablo lo acercó á la boca y oyóse un pequeño ruido como si hubiese roto un pedacito de azúcar con los dientes... Un momento después volvió al juego y puso la banca... No tengo dinero encima, dijo; ¿quereis comprarme esto?

—¿Y qué era? preguntaron Blas y Bibandier.

—Era un brillante, porque uno de los del círculo de los extranjeros le dió sesenta y siete billetes de á mil francos... Zalamero, tira de la campa-

nilla y dí que traigan vino caliente... hoy vamos á hablar de nuestros negocios y debemos procurar hablar lo mas alegremente posible.

—¿Durará mucho la conversacion? preguntó el baron de Bibandier, que dirigia sus dos ojos hácia las pronunciadas puntas de su corbata.

—¿Nos falta acaso tiempo? preguntó Roberto.

—Es que, dijo el antiguo bandido con graciosa sonrisa, he recibido esta mañana de mi sastre una polonesa de la última moda, y quisiera ir un rato al bulevar y al Palacio real para ver el efecto que hace.

—Mañana irás.

—Sin duda... Pero mañana tal vez haya hecho el bribon del sastre otras polonesas semejantes á la mia, de modo que me veré espuesto á encontrar en la calle á cualquier bergante vestido exactamente como yo.

—Mucho le disgustará eso al bergante, murmuró Blas; José, añadió dirigiéndose al criado que entraba, un vaso de sangría caliente para el caballero y un ponche para mí.

—¿Y para el señor baron?

Bibandier se frotó la oreja.

—¡Ponchel vino caliente, murmuró; eso hace subir la sangre á la cabeza... y vosotros os ponéis colorados como si os hubiesen pintado... Yo tengo las mejillas pálidas. José, me traerás un refresco.

—¿Cuándo querrá Dios que no olvides que eres alemán! dijo Blas despues que hubo salido el criado. Bibandier hizo una mueca como de sentimiento.

—Para terminar de una vez con Berry Montalt, prosiguió Roberto, os diré que estoy moralmente convencido de que no le faltan deseos de intentar alguna buena aventura. Unicamente que no se siente con fuerzas para ello, y como por otra parte conoce que es rico, no le obliga la necesidad. Pero si se llegara á persuadir de que sin ningun peligro se puede hacer un negocio decente, verías cómo se determinaba.

—La sangría caliente, dijo el criado entrando.

Otros dos que le seguían añadieron:

—¡El ponchel!

—Y el refresco.

Los tres caballeros se pusieron á beber.

—Ya lo he sondeado, prosiguió Roberto; ese hombre no tiene el defecto de la hipocresía... Si le decís que habeis robado de la iglesia el copillo de los pobres, se quedará tan sereno como si le dijérais que habíais hecho una limosna. Pero lo que sobre todo le seduce es la idea de desbancar á todos los banqueros de Paris.

—A la salud de tu desquite, dijo Blas.

—A la salud de tu desquite, repitió el noble baron, que chapurraba el alemán precisamente cuando no era necesario.

—¡Bebed! bebed!... muchachos, continuó Roberto, bien vale la pena de que lo hagais... Y

después mi desquite, al que dirigís esos brindis, tendrá al menos el resultado de valernos nuestra invitación de esta noche.

—Es claro, exclamó Bibandier.... Ese Montalt tiene un gran golpe de vista. Al momento ha reconocido en mí al hombre de categoría invitándome á que le haga el honor de acompañarle á comer en su palacio.... ¿Qué cosa mas natural?

—Lo cierto es, dijo Blas, que tú, Roberto, te estás dando tono.... Montalt se ha llegado á mí y me ha dicho: Querido conde, sois un buen muchacho y me consideraré muy feliz viéndoos sentado á mi mesa.

Roberto se encogió de hombros.

—¿Qué locos sois, dijo, ingratos! Vamos á ver que os voy á llenar los bolsillos de dinero sin tener siquiera derecho al menor reconocimiento.

—Llénalos siempre, Americano, y no te dé cuidado por lo demás.

Roberto bebió á pequeños tragos un vaso de vino caliente, recogiendo las cartas esparcidas por la mesa.

—¿Quereis que os explique mi desquite? preguntó.

Blas acercó su sillón; la fisonomía de Bibandier adquirió una expresión de curiosidad.

Roberto se recogió un momento; luego comenzó con tono de énfasis y con gesto de orador:

—Mi sistema puede aplicarse á todos los juegos de azar donde las probabilidades en contra se re-

parten entre cierto número de jugadores independientes y un jugador único de la otra parte, ó sea el banquero.

La ventaja de la banca en las casas sometidas á una observancia de legalidad puede determinarse por una fracción variable que ordinariamente es diez y ocho, y que yo reduzco á doce para prevenir toda clase de reparos.

Estamos en la mesa de una ruleta, ¿comprendeis?

—Perfectamente, dijeron los otros dos.

—Estamos en la mesa de una ruleta; tres asociados se interpolan entre los jugadores. Para inteligencia de mi sistema doy un nombre á los tres asociados.... Supongo que yo soy el agente principal y vosotros dos de segundo orden: tú, Blas, eres un punto fuerte, y tú, Bibandier, el que le haces la contra.

—Como un peso, murmuró el antiguo bandido.

—Perfectamente; lo has comprendido.

Blas y Bibandier escuchaban con la boca abierta. Unicamente hicieron un gesto cuando Roberto prosiguió.

—Establecidas estas nociones preliminares, me veo en la precisión de llamar en mi socorro al álgebra para explicar el mecanismo de mis combinaciones.

—¿Sabes tú álgebra, Zalamero? preguntó Bibandier.

—No.... ¿y tú?

—¡Yo!... mi educacion no ha sido de lo mas literaria.... Pero es igual; prosigue, Americano.

—Establezco una progresion geométrica, prosiguió Roberto revolviendo sus notas como un abogado que consulta el código: el número de los términos importa poco, y la razon de mi progresion es invariablemente el número 2, puesto que la série de los golpes dobla siempre la puesta para el que gana: esto en el juego sencillo. Digo, pues, a es \dot{a} b como b es \dot{a} c , como c es \dot{a} d sea:

—No comprendo, interrumpió Bibandier.

—Es una desgracia, exclamó Roberto, inventar una teoría matemática y trascendental para estréllarse contra la ciega ignorancia.

—No te desesperes, Americano, dijo Blas. Se me figura que milor sabe las matemáticas.

El caballero Las Matas levantó su vaso hasta la altura de sus labios, en torno de los que vagaba una sonrisa dudosa.

—Es un gran sistema, dijo Roberto.

—Comprendo, comprendo, añadió el baron; es mas que grande, es sublime. ¿Pero qué es lo que exigirá á Montalt con esas endiabladas progresiones geométricas que van á hacerle soltar tantos billetes de banco?

—Doseientos cincuenta y siete mil setecientos treinta y ocho francos noventa y cinco céntimos, respondió Roberto; todo está calculado, como veis, con una precision rigurosa.... Tú, Bibandier, te burlas, y tú, Blas, no comprendes nada.... Pero

si quereis tomaros la molestia de leer mi libro del principio al fin....

Los dos caballeros hicieron un gesto de horror al mirar el monstruoso registro.

—Americano, dijo Bibandier, ya tienes hechó tu negocio; he ahí el verdadero argumento de los argumentos... Lleva contigo el registro y dí á Montalt: Milor, leed ó pagad. Apuesto hasta la cabeza á que no vienes con los bolsillos vacíos.

Roberto no estaba de humor de gastar bromas.

—Cuando os digo, dijo, dando en el suelo una fuerte patada, que es una combinacion segurísima....

Bibandier se quedó un gran rato mirándole con la mayor atencion, y despues aparentando la mayor seriedad, le dijo:

—A que el Americano como está tan acostumbrado á mentir, á todos ha llegado el caso de creerse sus farsas y mentiras! ¡Seria chistoso! Señores, si teneis aún que hablar de otras cosas, llenemos los vasos, porque yo tengo la garganta seca.

Roberto rechazó la mesa donde se hallaban sus cálculos, arrimando los piés al fuego.

—Llama á José, dijo, y acercaos ambos.... Que mi sistema sea ó no falso, quiero conseguir dinero esta misma noche, y creo que no os burlareis como ahora cuando veais nuestra caja llena como si os hubiera llovido del cielo.

—Ponche.... José.... y pronto.

Una vez llenos los vasos, bebieron nuestros tres caballeros, prosiguiendo Roberto:

—Considero la invitación de Montalt como el principio de una era nueva para nosotros tres, hijos míos. . . . Con un poco de destreza y apariencia conseguiremos que nos haga ese hombre el caldo gordo. Pero será preciso jugar con precaución. Blas y yo ya hemos tenido en Penhoel una escuela que equivale á veinte años de experiencia.

No confiemos nada al azar, y procuremos salir lo mas ventajosamente posible, creedme.

Blas y yo hemos traído cada uno diez mil francos á la caja comun.

—Y yo, dijo Bibandier, quince mil que ese viejo bribon de Pontalés ha tenido á bien regularme. ¡Qué tunante es el tal Pontalés!

Las cejas de Roberto se fruncióron.

—Entre nosotros y él, murmuró, no está aún terminada la partida. El ha escamoteado la primera puesta, gracias á tí, señor Bibandier. . . . pero que tenga cuidado con la segunda.

—Vamos, vamos, dijo el antiguo bandido, no volvamos á recordar nuestras antiguas enemistades. He dado cinco mil francos mas de los que me correspondian para conseguir vuestra preciosa amistad, camaradas. Y si lo he llegado á lograr, añadió con sentimiento, es el mejor negocio que he hecho en toda mi vida.

Por lo que hace á Pontalés, lo detesto tanto como vosotros. ¡Ah, viejo bribon! Cuando hubisteis marchado no podéis figuraros cómo nos trató á monsieur Le-Hivain y á mí. En cuanto á Macro-

céfalo no digo nada, porque eso y mas merecia aquel viejo embrolla-pleitos y roba-fortunas; pero á mí, á un caballero de mis circunstancias. . . . Llegó en el momento en que estaba yo trinchando la polla y me dijo: ¿qué creéis que me diria: Muchacho, sentaos y bebamos? ¡No tall! adquirió su voz del antiguo régimen, y con corta diferencia me dijo estas palabras:

—Mr. Bibandier, esta polla es excelente, y el vinillo es sin duda lo mejor que hay en la bodega de Penhoel; pero de todo esto os contentareis solo con el olor, Mr. Bibandier, porque no sois digno de sentaros en mi ilustre compañía. Andad, Mr. Bibandier, id á la cocina á sentaros á cenar con vuestros iguales. ¡Fuego de Dios! ¡Viejo pícaro! nunca le perdonaré esa jugarreta.

—Dos veces diez mil y quince mil, replicó Roberto, que habia escuchado con la mayor paciencia toda la charla del antiguo bandido, suman treinta y cinco mil francos.

Hace seis semanas que vivimos solo con esto y vivimos bien.

Sin embargo, gracias á nuestro comercio, tenemos en caja unos cincuenta mil francos.

—No va entonces tan mal.

—Sin duda. . . . pero para realizar cierta idea que quiero someter á vuestra aprobacion, marcha el negocio con demasiada lentitud. Seguramente tenemos un buen pasar; pero si como creo, por los informes que me he procurado, el primogénito de

Penhoel, el tío de América, el famoso ausente está de vuelta en Francia, entonces por medio de un casamiento con mi prometida Blanca, llegamos á agarrar una gran herencia.

—¿Nosotros? preguntó Bibandier con tono de satisfaccion.

Blas movió la cabeza.

—Mis buenos amigos, dijo Roberto, preciso es convenir en que los tres no podemos casarnos con mi bella prometida.... pero se pueden apostar cuatro contra uno á que el tío de América hace el diablo á cuatro. Ya sabeis que pasa por hombre muy diestro. Necesitaré vuestra cooperacion, y todo trabajo merece recompensa.... No se tratará de bagatelas, y se necesitará tener resolucion. Confío en vosotros. Blas me es ya conocido, y en cuanto á tí, Bibandier, no hemos olvidado lo que por nosotros has hecho en los campos de Glenac la noche de San Luis.

Bibandier, á quien el ponche que habia bebido daba hermosos colores, se puso repentinamente pálido y bajó los ojos al evocar este hecho.

—Cuanto menos hables de esa noche, Roberto, dijo con tono seco, será mejor para todos.

—Sea en buen hora.... creía dirigirte un cumplimiento. Si por el contrario, el tío de América es una quimera, devolveremos el Angel á su desconsolada madre, entregándonos á la explotacion formal y decidida de Berry Montalt, antiguo general en jefe de los ejércitos del rey de los antípodas

y os respondo que de este negocio sacaremos partido. Pero en el otro caso será forzoso esperar, ver venir, y no podemos.

—¿Por qué? preguntó Blas; ¿acaso nos falta dinero?

—No, pero el término del plazo espira dentro de algunos dias.

—¿Qué plazo?

—El de nuestras granjas, molinos y prados de Penhoel.

—¿Y te acuerdas aún de eso? exclamaron á la vez Blas y Bibandier.

—No lo olvido un momento, replicó Roberto. ¡Diablo! hijos míos, olvidais que es la herencia legítima de mi encantadora esposa. ¡Oh! me interesa extraordinariamente, y si tuviérais corazon os interesaría tanto como á mí. ¿No sería sublime corregir, pero muy severamente, á ese viejo bergante de Pontalés?

—Buena pasada nos ha jugado, dijo Blas.

—Cuando recuerdo la irónica risa que asomaba á sus lábios al echarme, prosiguió Bibandier, á decir verdad, me ha sido eso mas sensible que si únicamente me hubiese tratado como á vosotros dos, porque ya sabeis que mi fuerte ha sido siempre la delicadeza.

—¡Venguémonos! exclamó Roberto; unámonos á los Penhoel.

—¿Qué dices tú á eso, Zalamero? preguntó Bibandier; á mí no me gusta cosa mayor el país.

—Un país de eucaña, murmuró Blas; ¡qué buena vida nos pasábamos el Americano y yo en el cas tillo!

—Habria sitio suficiente para instalarnos los tres, replicó Roberto.

—Los tres, y muy cómodamente, y una vez allí, ¡qué partidas podríamos jugar al tal marqués!... Lo que sí es cierto, es que los aldeanos le aborrecen... se les exasperaría, y quién sabe si no llegaría un día que consiguiéramos echar de su casa á ese viejo zorro.

El baron Bibandier se frotó las manos.

—Yo me encargaria de la ejecucion, dijo. ¡Ah, tunante, pícaro!...

E hizo una genuflexion.

—Andad, muchacho, dijo dirigiéndose á Pontalés ausente; os permito tomar un becado en la cocina con los de vuestra clase. ¡Insolente!... se interrumpió.

—Ante todo, dijo Blas, hay un pequeño inconveniente. El importe de los documentos ¿no asciende á quinientos mil francos?

—Sí.

—Me parece que no los tenemos.

—Ganémoslos.

—¿Y cómo?

—No digo que esto se haga fácilmente; pero esta noche nos introduciremos en el palacio de milor... aprovechemos la ocasion... Repartamos entre los tres el trabajo. Tú, Blas, con tu aire displicente

forma el plano del edificio con precacion. Tú, Bibandier, procura saber dónde duermen los brillantes que se arrancan con los dientes como pedazos de azúcar candi....

Yo proseguiré haciendo mi papel. Intentaré dar el asalto, bien con el juego nuevo, bien de otro modo cualquiera. Pero en fin, si no pudiera por este medio conseguir recursos, daré el golpe decisivo. ¡Qué diablo! no es una obra de romanos deslizar la mano en los bolsillos de un hombre beodo ó decerrajar un escaparate de palo de rosa.

—Eso haria yo mejor que nada, dijo Bibandier.

—Tambien yo, añadió Blas.... eso lo entiendo mejor que el juego. Pero hay otra dificultad.

—¿Cuál?

—Que solo René de Penhoel tiene derecho á las fincas.

—Tiene mil razones el Zalamero, añadió Bibandier. Ese es precisamente mi parecer.

—Hijos míos, dijo Roberto con tono doctoral; creed que cuando yo propongo un negocio no lo hago nunca á ciegas. ¿Me tomáis por algun novato? Siempre he contado con el nombre de René de Penhoel para hacer la adquisicion. Penhoel es un pobre diablo que nos dará sus poderes por un pedazo de pan.

—Si lo llegamos á hallar, objetó Blas.

—Lo hallaremos.

—¿Sabes dónde está?

—Casi, casi.

—¡Qué diablo de Americano! murmuró Bibandier con admiración.

—¿Dónde está? preguntó Blas.

—En Paris, hijo mio, contestó Roberto, y me encargo de hacerle firmar cuanto queramos.

La péndola del salon dió las cinco.

Nuestros tres caballeros se levantaron.

—¡Oh! oh! dijo el baron Bibandier. El tiempo vuela cuando como ahora se encuentra uno en tan buena sociedad. Muchachos, solo os queda una hora para vestiros.

—¡Bahl... dijo Roberto: las gentes de buen tono se hacen siempre esperar un poco.

—¿Y el carruaje que debemos escoger al pasar los Campos Eliseos? preguntó Bibandier. ¡Vamos! ¡vamos! La primera vez no debemos presentarnos muy tarde.

El día comenzaba á declinar; el caballero Las Matas y el conde de Monteiro tomaron las bujías para retirarse á sus habitaciones á proceder á vestirse.

Cuando se quedó solo Bibandier dió un suspiro de consuelo.

—He creído que no me iban á dejar un momento para hacer mis preparativos, murmuró. Sin embargo, no hay recurso para no presentarme de este modo, añadió dirigiendo una ojeada al espejo; estoy tan encendido como un tomate. ¡Es esto de tan mal gusto!

Miró en torno suyo con aire inquieto y echó dis-

cretamente los cerrojos de las dos puertas; luego tomó de su escaparate una cajita cerrada con llave, que abrió.

En esta cajita habia gran cantidad de muñequillas de seda y de tacillas de color puestas con la mayor simetría.

Bibandier tomó una que contenia blanco vegetal, volviéndose de puntillas hácia el espejo.

Una muñequilla de seda fué empapada en la pintura reparadora, y el antiguo bandido con la sonrisa en los labios estendió por su rostro una capa de interesante palidez.

Para quien en otra época le hubiera conocido en Bretaña, cuando se acostaba en su cueva de los campos de Bains, contentándose con miserables harapos, hubiera podido parecer curiosa esta repentina coquetería.

Pero Bibandier habia tomado muy por lo sério su papel nuevo de caballero, y para encontrar un término de comparacion que sea aplicable, seria necesario remontarse hasta el pobre y hermoso Narciso muriéndose contemplando su propia imagen.

Bibandier permaneció mas de un cuarto de hora al espejo, admirándose de buena fe y haciéndose á sí mismo mil gestos graciosos.

Luego guardó los tesoros de su tez en la cajita, esperando á pié firme á sus dos compañeros.

Cuando volvieron éstos lo encontraron con el baston y el sombrero en la mano, calzados los

guantes y adornado con alfileres de oro y cadenas de oro tambien. Su deslumbrante traje se completaba con un paletó de paño color de violeta que miraba á hurtadillas de la manera mas seductora.

Para enseñarse por dinero era muy feo.

Nuestros tres compañeros salieron de la fonda. El tiempo era seco y muy frio. Fueron a pié hasta los Campos Eliseos, donde tomaron un carruaje.

Iba siendo de noche. Los Campos Eliseos estaban casi desiertos. Unicamente al volver la calle de Gabriela se habian situado dos pequeñas cantoras entre dos velas cuyas llamas azotaba el viento, y se ocupaban en cantar acompañándose con el arpa.

Al pasar delante de ellas Blas, que hablaba accionando, derribó con el pié una de las bujías y prosiguió su camino sin dirigir ni aun una mirada á las dos pobres niñas, que habian interrumpido su cancion.

No le sucedió lo mismo á Bibaudier, que marchaba delante, y que se volvió.

A la vista de las dos jóvenes se detuvo repentinamente el antiguo bandido como si una mano de hierro le hubiese sujetado.

En aquel momento su blanco vegetal no le servia de nada, porque estaba pálido como la muerte.

—¿Qué tienes? preguntó Roberto.

—¡Nada! nada! balbuceó el baron; un desvanecimiento de cabeza; creí que iba á ponerme malo.

Y prosiguió su camino con rapidez y como si huyera.

Oíanse las voces tristes y trémulas de las dos pobres niñas, que proseguian sus canciones para ganarse el pan de la noche.

